

mo otros. El poeta Sindreu, su padre y sus hermanos, muestran aquella consistencia insípida de los cameos literarios, tan diferente de cuando Coll retrata a un hombre o una mujer que ha conocido o que se parece a alguien que ha conocido en masías y residencias de la tercera edad, y los retrata, exprimiéndolos a fondo. El episodio del cura protector de gitanos obliga a un rodeo innecesario.

En cambio, algunos cuadros son buenos de verdad. La expulsión del primogénito de Cal Vinyes, de tanto que quiere la madre a su hermano pequeño, que llega a sacarlo del seminario para que se haga cargo de la casa. El ambiente de barrancos y casas caídas, frente al

En 1943, en el valle del Carreu mataron a una familia entera, fue un crimen espantoso que quedó impune

espacio abierto de las tierras comunitarias. La relación entre los dos niños, de familias rivales, que van juntos a la escuela y que se quieren con tierno amor adolescente, que prepara la última escena, la confesión, que seguramente contiene las mejores páginas que Pep Coll ha escrito hasta hoy. Concentra toda la tensión del libro en un acto final que supone una liberación: violencia, pero también fatalidad, frialdad, y una terrible resistencia psicológica que describe mejor que ningún otro elemento la personalidad de los protagonistas de nuestros dramas rurales. |

Jarett Kobek
ATTA
Traducción de
Alberto Sánchez
Galeano

ALPHA DECAY
208 PÁGINAS
18,90 EUROS

se trata de grabar a altos directivos para luego chantajearles. Y es así como vemos a una mujer medio desnuda en la habitación de un hotel, a un hombre masturbándose ante el ordenador, a otro esnifando coca en un vagón de tren o la repugnante escena del que se mete el dedo en nariz. De este modo, como en *Providence* de Juan Francisco Ferrer, se unen el porno duro y el ordenador como instrumentos subversivos.

Como en *Los cachorros*, de Vargas Llosa, el sentido de grupo se subraya utilizando distintas personas verbales: "quién propuso construir una habitación oscura. Qué más da, cualquiera de nosotros". La novela está concebida como una obra de teatro con su telón final y como una película que podemos rebobinar a nuestro antojo. Y si las escenas sexuales podrían resultar tediosas, Rosa las rescata con un lúcido, despiadado y sutilmente estructurado retrato de las esperanzas y el hundimiento de nuestra sociedad. De nuevo, con Machado, "el vano ayer engendrará un mañana/vacío". |

Las Torres Gemelas instantes antes del segundo impacto
ROBERT CLARK / AP / ARCHIVO



Narrativa El escritor estadounidense Jarett Kobek traza un retrato poco convencional de uno de los terroristas del 11-S. ¿Fue el fanatismo religioso-político lo que guió a Atta contra las Torres Gemelas o buscaba algo más?

El delirio del arquitecto

IGNASI MOYA

La literatura post-11-S le ha dado vueltas sobre todo al trauma ocasionado por los atentados y a las vivencias de las víctimas, directas o indirectas. Algo lógico desde la premisa según la cual el sufrimiento es un buen material para la literatura y la literatura una buena fórmula para exorcizar traumas. Más raro es encontrar libros (aunque sí películas) centrados en los atentados mismos, en su gestación o en los terroristas que los perpetraron. Una de las piezas más conocidas hasta ahora que exploraba el punto de vista de los terroristas del 11-S es el relato breve que el británico Martin Amis publicó en el 2006, una pretendida reconstrucción de los últimos días de Mohamed Atta, considerado uno de los cerebros de los atentados y piloto del primer avión que se estrelló contra las Torres Gemelas. El texto de Amis, más que una reconstrucción pormenorizada de los hechos, era un ensayo de aproximación a la mente del terrorista. Ahora, podemos avanzar un paso más en esta línea con el libro de Jarett Kobek, que no sólo reconstruye los pasos de Atta en EE.UU. hasta estrellar un Boeing 767 contra la Torre Norte del World Trade Center sino que también construye un relato fragmentario y episódico de la vida del piloto suicida.

Pero no teman, no se trata de

una exaltación del terrorismo, ni siquiera de una justificación de Atta y de sus actos. No va por ahí la cosa. Sobre todo porque estamos ante una pieza literaria, no ante un ejercicio de periodismo o de ensayo histórico. Nada nos dice por tanto que lo que cuenta Kobek se ajuste del todo a la realidad. Aunque sí hay mucho de realidad en su relato y todo lo narrado puede perfectamente aproximarse a la realidad, a la realidad de la vida de Mohamed Atta desde su infancia en El Cairo hasta el 11 de septiembre del 2001.

Doble juego

Para construir su relato, Kobek se sirve de una efectiva doble línea argumental: por una parte los capítulos que nos cuentan la peripecia americana de Atta, con la voz de un narrador ajeno al terrorista; por otra, y de forma alterna, los capítulos que dan cuenta de la vida de Atta desde su niñez narrados con la voz del mismo Atta. Una sucesión de escenas que, a la manera de una cuenta atrás, nos llevan hasta un desenlace ya conocido de antemano, algo que, sin embargo, no entorpece el interés de la narración.

Del doble juego en el punto de vista surge el retrato de un personaje al límite a veces de lo paródico, si no fuera tan verosímil y no conociéramos lo que en él hay de real. Un hombre inteligente pero enfrentado al mundo desde siem-

pre. Un ser siempre solitario, ya sea en El Cairo (donde nació), en Hamburgo (donde estuvo estudiando) o en Nueva York (donde como ya sabemos morirá). Un hombre que oye voces en su cabeza. Cuyas obsesiones pasan por la religión, pero también por Walt Disney. Un hombre cuya estricta moralidad no le impide entrar en una tienda de cosmética a comprarse un pintalabios rojo. Alguien obsesionado, en fin, por la arquitectura, que estudió en Egipto y Alemania. O más específicamente, por los rascacielos, símbolo del poder expansivo-colonizador occidental.

El relato de las obsesiones y del periplo viajero de Atta (que pasa también por la preceptiva peregrinación a La Meca o una visita, entre lo dramático y lo esperpéntico, a Osama Bin Laden) adquiere en manos de Kobek trazos delirantes, situando al personaje al borde (o más allá incluso) de la locura. Un personaje entregado a un destino del que parece no poder (o no querer) escapar y cuyas auténticas motivaciones quedan al final en una zona de penumbra. Con todo, una vez acabada la narración, nos asalta la pregunta sobre las razones del autor para abordar esta historia y hacerlo como lo hace. Y descubrimos que quizás el sentido del relato de Kobek radica más en las preguntas que deja flotando que en ninguna (imposible) conclusión. |